

Tras la revolución de los mayores

LAS proyecciones demográficas establecen que el 25 por 100 de la población española tendrá más de 65 años cerca del 2050, con una proporción cada vez más amplia de mayores de 85 años. El descenso de la natalidad de estos años, en cauce de aumentar, llevará a una situación especialmente grave en el año 2040, cuando los «baby-boomers» lleguen a la jubilación, aunque luego se compensará ligeramente. Hay variables que pueden alterar estos cálculos: las inmigraciones, la deslaboralización de la sociedad, el aumento del tercer sector, la optimización de la esperanza de vida, cambios en la cultura natalista... No obstante, el progresivo aumento de la proporción de personas mayores es una de las principales características de nuestras sociedades de nuevo siglo.

El mayor en el Estado de Bienestar

ESA realidad es uno de los argumentos manejados por algunas retóricas políticas para justificar la necesidad de reformular financieramente el Estado de Bienestar, ya que llegará un momento en que existan pocos contribuyentes jóvenes y adultos para sostener el pago público

a tantas personas mayores. A la vez parece que también se mantiene, aunque sin alardes, la convicción social de la irreversible universalidad de la solidaridad intergeneracional en la comunidad. Su dependencia económica casi total de las arcas del Estado (sólo el 11 por 100 de los ancianos dicen disponer de algún ingreso auxiliar) sitúa este problema en el centro de la cuestión de los mayores.

No hemos alcanzado el nivel de prestaciones de bienestar, públicas ni privadas, de nuestro entorno. El Estado de Bienestar, contra lo que suele decirse, todavía tiene que progresar en España hasta alcanzar al menos el nivel de Francia en la economía internacional. En la cuestión de los mayores esa deficiencia en el bienestar se ve más agravada que en otros sectores sociales dada su vulnerabilidad creciente. Las retóricas insolidarias o apocalípticas sobre el Estado de Bienestar europeo han creado un estado de opinión entre los mayores que pone como su primera preocupación (tanto de ellos como de sus familiares) caer en la pobreza conforme avance su vejez.

Es cierto que ha habido una mejora histórica de las condiciones de vida de los mayores y que una proporción notable ha salido de situaciones de pobreza. No obstante todavía existen bolsas de ancianos pobres y las desigualdades en ingresos siguen siendo muy marcadas. Especialmente grave es la situación de las mujeres, quienes por su estatuto mayoritario de no contribuyentes tienen prestaciones inferiores o directamente carecen de derecho propio a dicha percepción.

Dignificar la vivienda

QUIZÁS el problema más acuciante sea el de la vivienda de los mayores, mayoritariamente viviendas envejecidas y con equipamientos deficientes. El Inersero firmaba un estudio hace algún tiempo según el cual el 62 por 100 de las viviendas de ancianos carecían absolutamente de calefacción, el 31 por 100 de teléfono, el 24 por 100 de agua caliente y el 18 por 100 de lavadora.

Las alternativas no son halagüeñas. Las residencias son escasas, hay largas listas de espera, el coste de las residencias privadas es inalcanzable para la mayoría de los ancianos y en ocasiones se dan condiciones económicas abusivas por parte de éstas dada la vulnerabilidad de los mayores. Además frecuentemente reproducen los modelos psiquiátricos de principio de siglo, son excesivamente masivas, contribuyen a la marginación de los ancianos al llevarlos a la periferia y la cultura institucional es vejatoria. No es extraño que sea una opción indeseable para la mayoría de los españoles en edad anciana.

Además hay que sumar a esto la baja calidad de los servicios. Más de la cuarta parte de las residencias en España están obsoletas o carecen de los servicios necesarios dadas las condiciones de la población residente. La planificación no está siendo adecuada y se está dejando a un mercado que es ciego ante la necesaria solidaridad: consecuencia de esto es la existencia de más de diez mil ancianos internados en entidades ilegales.

Se demandan opciones alternativas a las residencias y cambiar el modelo de las mismas. Además de una nueva política de residencias es necesario activar una línea de servicios domiciliarios, proyectos de rehabilitación y reacondicionamiento de las viviendas y los espacios urbanos, las residencias de día, las viviendas compartidas, el cooperativismo social entre ancianos y el asociacionismo comunitario entre mayores y diversos colectivos que lleven a una mejora de la habitabilidad del entorno doméstico y social.

El mayor en la familia

PERO principalmente, las necesidades de los ancianos están cubiertas a través de la familia. Numerosos estudiosos internacionales señalan el fuerte familismo mediterráneo como uno de los principales capitales con los que cuenta España. La evolución del modelo familiar

(mayor dispersión y fragmentación), junto con la progresiva laboralización femenina, cambia el panorama de servicios e introduce una incertidumbre al futuro cuyas consecuencias son de una gran magnitud. Esas consecuencias se enfrentan a los numerosos servicios domésticos, sanitarios o afectivos que cumplen las familias y son el factor del que depende no sólo la calidad de vida del mayor sino su esperanza de vida. Estudios sociosanitarios han demostrado cómo el entorno familiar prolonga la esperanza de vida de los ancianos y reduce sustantivamente su morbilidad.

Además se está produciendo un hecho novedoso: el alargamiento de la esperanza de vida ha generado situaciones en las que conviven dos generaciones de ancianos en el mismo hogar. Las personas económicamente principales del hogar tienen en sus casas a su cargo a sus padres y además también a sus abuelos, quienes todavía viven.

Por otra parte, los ancianos no son sólo una carga para los hogares sino que cumplen tareas muy importantes. Posiblemente sería socialmente insostenible la feminización laboral sin la ayuda de los abuelos que hacen labores de «canguros» cuidando, llevando y trayendo a los hijos a la escuela, además de otras labores domésticas. Pero no sólo son servicios instrumentales lo que prestan los ancianos sino que la transmisión afectiva y narrativa es fundamental. Las personas mayores además son el mayor potencial, junto con los estudiantes universitarios, para la activación del llamado Tercer Sector.

Sujeto privilegiado para el Tercer Sector

LAS buenas condiciones físicas y mentales con que se jubilan las personas mayores y el tiempo de que disponen les sitúan como un yacimiento de experiencia y capacidades que, cuando se active, cambiará la faz de las sociedades democráticas. Pero ese potencial está preso de una cultura senil excesivamente conservadora, pasiva y

marginadora. Diversas experiencias, especialmente en lugares de exclusión, demuestran cómo los ancianos pueden transformar su entorno al asumir una cultura de innovación, actividad y participación radical.

Pero los mayores no incorporan esa cultura sino que la jubilación conlleva un giro hacia la privatización radical del estilo de vida y a un aislamiento general de las preocupaciones públicas, lo cual no se distingue mucho de la cultura política de los adultos, pero es más llamativo dada la cantidad de tiempo disponible. Parte de culpa la tiene la raquítica asociatividad de los mayores o la orientación claramente insuficiente de algunas de sus asociaciones (por ejemplo, las de viudas).

EN resumen, las necesidades actuales de los mayores en nuestro país se extienden en cuatro líneas.

- 1. Mejoras y seguridad económicas. Es necesaria la universalización de las prestaciones por el propio hecho de ciudadanía y una solución urgente a las excesivas situaciones de pobreza que todavía están presentes.*
- 2. Fortalecer las unidades familiares de forma que la solidaridad intergeneracional no se deje toda en manos del Estado sino que discurra por la gratuidad del hogar. En todo caso, será necesario desarrollar la ayuda a domicilio u otras medidas imaginativas, como los hogares compartidos por estudiantes o inmigrantes y mayores, tal como se está realizando en diferentes lugares de nuestro país.*
- 3. Expansión de un modelo humano de residencias, políticas urgentes de reacondicionamiento de las viviendas y diversificación de las alternativas, entre las que el cooperativismo es una de las opciones más prósperas.*
- 4. Nueva «cultura senior» a través de una nueva política asociativa que dé recursos materiales y profesionales a los mayores, a través de una reeducación a la sociedad del ocio, la solidaridad y la participación. La cultura eclesial tiene un papel muy importante que hacer en ese terreno, pero parece*

que las líneas pastorales deberían mejorar sustancialmente en la creación de la cultura cívica que es necesaria para la promoción de los mayores. Posiblemente ayude a ese objetivo una reeducación de todos los ciudadanos, desde niños, para saber ser mayores, saber relacionarnos con ellos y reconocerles en toda su potencialidad.